

ISSN: 1139-0107

ISSN-E: 2254-6367

MEMORIA Y CIVILIZACIÓN

ANUARIO DE HISTORIA

23/2020

REVISTA DEL DEPARTAMENTO DE HISTORIA,
HISTORIA DEL ARTE Y GEOGRAFÍA
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
UNIVERSIDAD DE NAVARRA

RECENSIONES

Cebreiro Ares, Francisco, *El Banco de San Carlos en Galicia (1783-1808).
Periferia financiera, plata hispánica y final del Antiguo Régimen monetario*,
París, Éditions Hispaniques, 2020
(Agustín Gonzalez Enciso)
pp. 850-852



Universidad
de Navarra

Cebreiro Ares, Francisco, *El Banco de San Carlos en Galicia (1783-1808). Periferia financiera, plata hispánica y final del Antiguo Régimen monetario*, París, Éditions Hispaniques, 2020, 262p. ISBN: 978-2-85355-107-6. 20€ 

Prólogo. Introducción. 1. Los orígenes de la factoría: Zelaeta y la búsqueda de accionistas (1783-1785). 2. Letras y plata: la formación de una oficina bancaria con Mendinueta (1786-1789). 3. El cambio de política bajo el marqués de Iranda (1790-1792). 4. El giro de la Guerra de la Convención (1793-1795). 5. Las finanzas de la oficina durante la guerra con Inglaterra (1796-1801). 6. El breve optimismo de Amiens (1802-1803). 7. Los descuentos de Adalid y la lenta agonía (1804-1808). Conclusión. Bibliografía. *Índice de figuras.*

No contamos con muchas historias de las oficinas provinciales del Banco de San Carlos, por lo que este libro, solo por eso, es ya una excelente noticia. Pero el trabajo ofrece mucho más porque La Coruña —lugar de la ubicación de la oficina— no era un puerto cualquiera, ni la economía gallega tan exclusivamente rural como se suele suponer. Aparte de su natural desarrollo urbano y comercial, Galicia fue sede de un arsenal (Ferrol), vio la descarga de las flotas de América durante la guerra del asiento y, más tarde, el establecimiento de los correos marítimos (1764). Esta última institución propició la llegada de metales americanos a La Coruña en cantidad nada desdeñable, lo que, señala Cebreiro, hizo pensar a Cabarrús sobre la oportunidad de establecer allí una oficina para aprovecharse del flujo dinerario.

El establecimiento funcionó como factoría a comisión, con Zelaeta (1783-1785), luego como oficina, con empleados a sueldo, a cargo de Pedro María Mendinueta (1786-1803) y, finalmente, como factoría, con Manuel Adalid (1804-1808). El objetivo principal era la captación del metal llegado a bordo de los correos marítimos, para lo cual se hizo un acuerdo con la Renta de Correos, que funcionó bien desde 1786 hasta que los ciclos bélicos y los problemas con los vales reales, fueron modificando la situación. Parte del metal americano pertenecía al rey, la mayoría a particulares. Los acreedores eran casas de comercio de toda Europa, que esperaban cobrar en plata. Cabarrús tenía el monopolio de la extracción de plata —pasaría a ser una licitación entre particulares desde 1790—.

Estos elementos definen la estructura de funcionamiento de la oficina. Se trataba de exportar parte de la plata y de conseguir saldos monetarios mediante el giro de letras a cobrar en Madrid. En conjunto, entre 1786 y 1806, la oficina coruñesa extrajo 589 millones de reales en metálico, 179 millones en entregas para adquirir letras en Madrid y 17 millones para adquirir letras en Europa, una media aproximada de 37 millones y medio de reales al año —la mayoría entre 1786 y 1798—. El cambio a pesos fuertes era fundamental. Dado que en los correos llegaban monedas variadas y metal sin amonedar, el juego de los cambios hizo que, en conjunto, la oficina coruñesa extrajera más pesos de los que recibió. La exportación —por Cabarrús, luego por otros particulares— presentaba el problema del transporte. Primero se dio prioridad a la ruta terrestre hasta Bayona, por mediación de los transportistas maragatos, que encontraron una gran oportunidad

RECENSIONES

de negocio. También se envió por este medio el dinero a la caja central del Banco de San Carlos en Madrid. Desaparecido el monopolio, los destinos exteriores de la plata fueron más variados y normalmente, se prefirió el transporte marítimo.

La otra actividad, lanzar letras desde la oficina coruñesa, pretendía librar letras con baja comisión, y acaparar el metal para tener liquidez en Madrid. Todo esto implicaba atraer clientes, lo cual llevaba a la competencia con los comerciantes-banqueros gallegos tradicionales; también fue necesario abrir el giro con capitales extranjeras. La economía gallega se vio afectada de diversas maneras y también fue entrando en el negocio que los metales propiciaban: aunque al principio el metal llegado a La Coruña era ajeno a Galicia, con el tiempo creció su vinculación. Otras líneas de negocio eran gestionar libranzas o cobros de efectos de instituciones estatales; más tarde también se llegaron a descontar letras y vales reales.

Para el Banco, esas actividades suponían tomar decisiones variadas —precio de las letras sobre Madrid (considerando el precio de los transportes de metal), tipo de cambio en las plazas extranjeras, descontar letras, o no, etc. —. Esas decisiones tenían implicaciones locales. Para Mendinueta era un problema aceptar en su gestión las órdenes de los directores de Madrid, que primaban los intereses de la sede central sobre las posibilidades de negocio que pudieran abrirse en Galicia. En todo caso, la oficina gallega fue una vía más de relacionar Galicia, directamente, con la economía internacional en esos años.

Este esquema general se vio afectado por varios elementos de diferente importancia. Por ejemplo, los cambios en la dirección del Banco en Madrid, en particular la salida de Cabarrús y el final del monopolio de exportación de plata (1790), provocaron el cambio de los exportadores, los destinatarios y los lugares de destino. Una repercusión interesante fue el auge del mercado de Gran Bretaña respecto a Francia, y del comisionado del Banco en Londres. Esto coincidía con la Revolución Francesa y, poco después, con las guerras revolucionarias; en el caso de Galicia, el crecimiento del ámbito anglosajón fue unido a los intereses portugueses. Los avatares bélicos, por otra parte, marcaron las coyunturas de la llegada de los metales en los correos, como del comercio en general. No eran más que coyunturas, pero al ir enlazándose fueron debilitando el papel de la oficina coruñesa, sobre todo desde 1796, cuando cambiaron las alianzas.

En ese ambiente, otros condicionantes del funcionamiento de la oficina fueron tanto el desarrollo de los vales reales, como la dependencia del Banco de San Carlos de sus préstamos al Estado, en particular en el caso de las provisiones para la Marina, o en su participación en la caja de amortización de vales. Los vales fueron decisivos en la medida en que se hacía necesario su uso por falta de metal amonedado, pero fueron depreciándose con rapidez. Al tener que entrar en su negociación, la oficina coruñesa fue reduciendo sus beneficios, a la vez que desaparecía el tradicional tráfico de metales. La paz de Amiens fue un respiro, pero, como dice el autor, fue un «optimismo complejo», es decir, corto en cantidad y breve en el tiempo. Por otra parte, la implicación de la oficina central madrileña en los préstamos al Estado suponía una competencia para la misma oficina de La Coruña, que se veía obligada a canalizar hacia intereses institucionales parte del poco flujo metálico que podía obtener en aquellas condiciones, lo que limitaba su negocio. Desde 1803, tras la muerte de Mendinueta, la oficina perdió rango en los intereses centrales y casi cesó su actividad ya en 1806.

RECENSIONES

El autor detalla los principales acontecimientos según un método descriptivo-cronológico de cuya lectura sale con claridad este cuadro general, que va explicitando. El método puede desviar al lector del argumento principal, con informaciones menudas y variadas, pero tiene la ventaja de mostrar dinámicamente lo que va ocurriendo y nos acerca al día a día de la oficina. Así, vemos a Mendinueta hablar con los directores a través de su correspondencia, asistimos a las negociaciones con los maragatos, participamos del interés de los comerciantes gallegos en girar letras sobre Madrid, o sobre otros lugares de España o de Europa, esperamos la llegada de tal o cual buque cargado con metal, participamos de las deliberaciones de los directores sobre la conveniencia de un tipo de cambio, sufrimos con algunas quiebras o nos enteramos de que una escuadra británica está al acecho. Al hilo de todo ello, el libro nos muestra la deriva del Antiguo Régimen monetario —como lo llama el autor—, a través de un observatorio que no por ser local —y por ende, parcial—, deja de ser un lugar privilegiado en el conjunto de la economía del momento, como atestiguan las cantidades gestionadas y las variadas relaciones mercantiles que allí se produjeron. El texto tiene numerosos gráficos y tablas. Se echa de menos un índice de nombres que facilitaría la consulta de la abundante información que ofrece.

Francisco Cebreiro Ares es doctor en Historia por la Universidad de Santiago de Compostela. Ha realizado estancias de investigación en la Universidade do Porto, Casa de Velázquez, Institut d'Études Hispaniques de la Sorbonne y en el Colegio Michoacán.

Agustín González Enciso
Universidad de Navarra